



P R E F A C I O.

I

«Todos los domingos después de que sonaba la hora del medio día, dice un piadoso y original historiador, podríais haber visto caminar por las calles de Ginebra, á un joven vestido con una dalmática azul, en cuyo delantero se ostentaba pintado en letras de oro, el santo nombre de Jesús. Hacía sonar una campanilla y exclamaba en alta voz: *Venid á la doctrina cristiana, allí se os enseñará el camino del Paraíso!*

Este llamamiento hecho hace cerca de trescientos años por orden de San Francisco de Sales, pues era él, quien reunía de ese modo á los niños para hacerles por sí mismo el catecismo, este llamamiento, un celoso Obispo acaba de dejarlo escapar de sú corazón conmovido.

Escuchadlo:

«*¡Al Catecismo, al Catecismo!* exclamaré yo con la voz de la mujer que busca su dracma perdido, del pastor que llama á la oveja descarriada, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo. - El dracma que debemos buscarse pierde en las calles, en las plazas, entre la licencia de los juegos, el furor de los espectáculos y la ociosidad de la vida mundana.

«*Ayudadme, sacerdotes de Jesucristo!* Para encontrarla es preciso remover el fango de las calles ó sacudir el polvo de la pereza doméstica.